

UNA EXPEDICION LITERARIA A TRAVES DE LA MEMORIA Y EL RECUERDO. NOTAS SOBRE LA VISION GADITANA DE BLANCO WHITE

Alberto Romero
Grupo de Estudios del S. XVIII

Una de las singularidades más idiosincráticas y originales del mundo ilustrado la constituye la pertinaz y desafiante confianza en las múltiples posibilidades que ofrece la razón humana, como patrón y canon únicos con los que imponer una nueva sistematización de fenómenos y acontecimientos, fundamentada en la experiencia, más o menos próxima, y en el análisis pormenorizado de los mismos.

Las emergentes ortodoxias ilustradas venían, así, a proponernos una valoración del mundo que lo transformaba en virtud del criticismo uniformador y enciclopédico, sobre el que pesaba, implícitamente, una nueva concepción de la empresa literaria, en la que debían privilegiarse, de modo ineludible, aquellas consignas y propósitos dictados desde la razón (1).

Con todo ello, el Siglo de las Luces va a desplegar una serie de mecanismos y procedimientos divulgativos que, como la *Encyclopédie méthodique* y de acuerdo con las nuevas directrices, posibilitarían el acceso al conocimiento y a la experiencia sensible, a partir de una eficaz sistematización que, a modo de catálogo, pretendía uniformar los más variados aspectos de la ciencia, el arte o la literatura.

Uno de esos mecanismos –que muy pronto se identificará con el espíritu cosmopolita ilustrado– consistirá en el viaje expedicionario, en el que van a primarse una serie de objetivos y propósitos, y una articulada programación de su desarrollo (2). Efectivamente, con la implantación del viaje ilustrado, se instaura en Europa

-
- (1) Cfr. José Antonio Maravall, "Espíritu burgués y principio de interés personal en la Ilustración española", en *Hispanic Review*, núm. 47, 1979, págs. 291-235. También Alberto Romero Ferrer, "La apariencia y la cultura como formas de inversión de capital en la sociedad gaditana del siglo XVIII", en *Carlos III y la Ilustración*, Tomo III: *Educación y pensamiento*, Ministerio de Cultura, Madrid, págs. 397-416.
 - (2) Bajo la denominación común de *libro de viajes* suele englobarse una diversidad de opciones técnicas e intencionales, que van más allá de lo que pudiera pensarse a primera vista. Una sincrética y metodológica valoración del problema la podemos encontrar en Pedro Aullón de Haro, "Las utopías y los libros de viajes", en *Los géneros didácticos y ensayísticos en el siglo XVIII*. Taurus, Madrid, 1987, págs. 117-126.

todo un emblemático mecanismo de conocimiento que muy pronto pasará a formar parte indispensable de la formación intelectual del buen ilustrado (3).

Pero el problema en el que queremos detenernos se centra en la singular repercusión y significación literaria que este racional e iniciático viaje va a tener dentro de un contexto literario más amplio, en el que se fraguarían ciertas conductas narrativas muy vinculadas a la génesis de un Romanticismo que, de modo sintomático, volvería su mirada a las mismas actitudes que implicaba el viaje y la expedición, aunque, eso sí, desde una perspectiva que privilegiaba más la imaginación, la fantasía y lo ficticio.

Sin embargo, dentro del interés que despertaba el viaje para la mentalidad ilustrada, sorprende cómo, paradójicamente, también van imponiéndose una serie de pautas literarias, que parecían traicionar, no sin cierto tono ingenuo, las premisas, propósitos e intenciones nacidas a la luz de la diosa Razón. Se trataba de alternativas que, de modo insistente, construían la ficción a partir de lo imaginario, lo utópico, lo fantástico o lo soñado, y que suponían otras opciones narrativas a los rigurosos preceptos ilustrados, posibilitando, así, lo que bien podría denominarse como la *cara oculta del Siglo de las Luces* (4).

Con todo ello, y en plena convergencia con lo que podía suponer de heterodoxia este tipo de relato, surge toda una aventura intelectual y racional en torno al mundo del viaje en plena Ilustración. En este sentido, Gaspar Gómez de la Serna (5) establece una primera, pero perspicaz y sincrética, caracterización del viaje ilustrado en la que convergen una serie de intenciones e ingredientes, diseñados todos *a priori* desde una planificación racional y pedagógica más o menos codificada en el *Émile* de Rousseau. La estructura, pues, del viaje ilustrado venía a responder deliberadamente a los principios básicos y prioritarios del corpus rousseauiano, en el que era el hombre el objeto y el fin último de la experiencia formativa que venía a resucitar un *locus amoenus* plenamente modernizado a través de la utopía dieciochesca (6).

Sin embargo, a pesar de este sincrético planteamiento inicial, el reflejo literario de esta experiencia ilustrada va a plantear una serie de problemas e interrogantes, en los que se vendrían a condensar desde aquellos de carácter estrictamente técnico, propios y exclusivos del relato de viajes, hasta una gama de opciones conceptuales, referidas más a las intenciones y motivos que empujan al viajero a dar forma literaria a las imágenes que su atenta mirada ha ido seleccionando; y que le llevan, a veces, a mezclar, deliberadamente o no, lo vivido, lo experimentado y lo ficticio.

(3) Cfr. Francisco Aguilar Piñal, "El viaje ilustrado", en *Introducción al Siglo XVIII (Historia de la Literatura Española*, dirigida por Ricardo de la Fuente), Júcar, Madrid, 1991, págs. 66-71.

(4) Cfr. P. Álvarez de Miranda, "Sobre utopías y viajes imaginarios en el siglo XVIII", en *Homenaje a Gonzalo Torrente Ballester*. Madrid, 1981, págs. 351-382. También Guillermo Carnero, *La cara oscura del Siglo de las Luces*. Fundación Juan March/Cátedra, Madrid, 1983.

(5) *Los viajeros de la Ilustración*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.

(6) Cfr. los trabajos dedicados al siglo XVIII recogidos en el volumen conjunto, *Les utopies dans le monde hispanique*, Colloque franco-espagnol, Casa de Velázquez/Universidad Complutense, Madrid, 1990.

El libro de viajes surge, pues, en el siglo XVIII como género literario “de la mano de la empuelcada Razón”. Y con él, una serie de opciones literarias en las que convivirán simbióticamente desde un tono disgresional hasta la subjetividad de la confesión más personal, sin olvidar aquel otro afán divulgativo, que tenía como objeto preferente un voltairiano conocimiento del carácter y el espíritu de los pueblos, pero también de sus peculiaridades y sus costumbres (7).

En este singular y complejo contexto literario encontramos, así, una diversidad de opciones que, si bien no competen directamente a la caracterización inicial que motivaba la promoción del libro de viajes, sí entroncan con la génesis de cierto costumbrismo pre-romántico, en el que, a la mordaz crítica reformista, se le venía a unir ahora un determinado tono descriptivo que fijaba su atención, de modo selectivo, en lo cotidiano, donde, por otro lado, parecían descubrirse por primera vez comportamientos, usos, personajes y ambientes de marcado carácter y corte popular. Costumbrismo que ya parecía encontrarse latente en la racional planificación que suponía toda expedición ilustrada, al querer dar cuenta la narración, mediante un criterio objetivo y minucioso, de todo aquello que acontecía o se mostraba a la sutil e insistente mirada del viajero.

Efectivamente, dentro del libro de viajes podemos detectar actitudes sintomáticamente tan heterogéneas como las que exhibe Antonio Ponz en su *Viaje de España* que, al detenerse en su estancia gaditana, realiza un escrupuloso inventario artístico, más o menos pormenorizado, pero también un itinerario en el que se diseccionaba todo un paisaje urbano y sociológico desde unas premisas que, aun privilegiando una aparente mirada objetiva, dibujaban simultáneamente un perfil y un esquema en el que, aunque solo fuera ocasionalmente, se privilegiaban aquellas *mœurs* que tan presentes se encontraban en los modelos establecidos por los enciclopedistas franceses. En esta línea se desenvuelven, por ejemplo, las siguientes apreciaciones de Ponz, al referirse a la ciudad gaditana: “Cádiz es una ciudad regalada, divertida, de buen trato, rica, y donde se vive alegremente” (8).

Pero tras esta aparente convivencia de actitudes diversas, que se venían repitiendo, y no de modo circunstancial, en toda la literatura de viajes, podrían operar también otras motivaciones técnicas que obligarían al relato a respetar una determinada estructura interna y externa, de acuerdo con la estricta verosimilitud ilustrada que se pretendía y exigía de toda ocupación o quehacer literario.

La clave de todo ello la podemos encontrar en las palabras del propio Ponz cuando comenta:

(7) “Fue entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, coincidiendo con la progresiva desaparición de la cultura popular, cuando el *pueblo* o el *folk* comenzó a ser materia de interés para los intelectuales europeos. Sin duda, tanto los artesanos como los campesinos se vieron sorprendidos cuando vieron sus casas invadidas por hombres y mujeres con trajes y hablas de clase media, quienes les insistían para que les cantasen sus canciones, o les narrasen sus cuentos tradicionales”. (Peter Burke, *La cultura popular en la Europea moderna*, Alianza Universidad, Madrid, 1991, pág. 35).

(8) Antonio Ponz, *Viaje de España*, Tomo XVIII, Viuda de Joaquín Ibarra, 1794, pág. 17, (Edición facsímil en Atlas, Madrid, 1972).

“Algo conocemos al público en general, así usted como yo, y si nuestra conversación la hubiésemos ceñido a aquellos términos, hubiera, sin duda, empalagado pronto a los lectores, por lo común poco acostumbrados a las bellezas artísticas, ni hubiera sido extraño que, en lugar de las reimpressiones de Ibarra y sus hijos han hecho de los libros de este *Viage*, estuviera parte del primero ocupándoles toda la casa” (9).

Se refiere Ponz a la presencia, en la disposición y en la técnica del relato, de los gustos y las preferencias del posible lector. Un lector, por otro lado, provisto de unas mismas dotes de curiosidad ilustrada; lo que vendría a justificar, aún más, la proliferación de estos viajes *literarios*, que posibilitaban, así, a través de la lectura privada, una cómoda y confortable participación en sus experiencias e impresiones.

Podría atribuírsele, incluso, un cierto grado de culpabilidad al lector en la elección por parte de este tipo de narraciones de la fórmula epistolar, cargada ahora de una serie de complicidades y valoraciones que vendrían a incidir en la mayor o menor verosimilitud de la narración, de acuerdo con una convención plenamente aceptada por el destinatario, que se convertía, de este modo, en el confidente más o menos anónimo que se requería de un sistema que muy pronto comenzaría a confundir, deliberadamente o no, los límites entre lo fingido y lo real, lo imaginario y lo vivido.

Una vez, pues, señalados algunos de los problemas más emblemáticos y que más singularizan el relato de viajes, tanto desde el punto de vista técnico como conceptual, conviene detenerse en lo que este tipo de literatura pudiera suponer para el “reconocimiento” y la posible reconstrucción del pasado, fundamentalmente cuando se tratara de espacios y lugares que, por la simbiosis de factores y elementos muy diversos, fueran de paso obligado para el viajero.

Este es el caso, por ejemplo, de la ciudad gaditana, que vive precisamente su Siglo de Oro al amparo de una emergente burguesía viajera de negocios, lo que la convierte en un punto suficientemente paradigmático de la cultura dieciochesca y de la Ilustración europea (10).

Por estas razones, a las que habría que añadir otra serie de singularidades de excepcionalidad histórica y literaria (11), bien podrían establecerse unos perfiles de la ciudad a través de los muchos testigos y testimonios que, de modo insistente, se habían venido sucediendo en toda esa literatura viajera del XVIII. Desde

(9) *Ibid.*, Tomo XVII, pág. 1.425.

(10) Un acercamiento bibliográfico al respecto en Alberto González Troyano. “El Cádiz romántico: esbozo para una aproximación bibliográfica”, en *Revista Gades*, núm. 12, Cádiz, 1984, págs. 97-105.

(11) Un punto de partida para el análisis de esta “excepcionalidad” y su repercusión literaria, en Alberto González Troyano, “Anales para una lectura plural: Memoria, historia y ficción en el Cádiz de las Cortes”, en *Revista Gades*, núm. 16 (Número extraordinario CLXXV Aniversario de la Constitución de 1812), Cádiz, 1987, págs. 383-396.

Ponz, que inicia su viaje presumiblemente hacia 1771, hasta el incesante Joseph Townsend, que visita España en 1786 (12), podrían señalarse una serie de pautas y siluetas, más o menos fijas, que vendrían a definir cómo la mirada ilustrada genera toda una imagen de la ciudad, cargada de insospechadas posibilidades literarias, como evidenciaría, con mayor o menor fortuna, la literatura decimonónica.

Pero el objeto de presente trabajo pretendía centrarse, de forma deliberada y plural, en uno de los textos que, por la convergencia indiscriminada de ciertos prejuicios religiosos y políticos, permanecían adscritos a la historia de la heterodoxia española, y, por tanto, prácticamente desconocido para el lector español, hasta que en 1972 apareciera una primera versión española, casi siglo y medio después de que viera su primera edición en 1822 en la lengua extranjera que su autor adoptó, como propia, tras su exilio forzoso en Inglaterra.

Se trata de las *Letters from Spain*, del ilustrado sevillano José María Blanco White (13). Una obra en la que podríamos ir señalando todos los rigores técnicos e intencionales en los que hemos venido insistiendo, con mayor o menor intensidad, pero siempre dentro de una caracterización del libro de viajes suficientemente amplia como para que quedaran expuestas, así, las líneas por las que va a discurrir la formación y consolidación de otros géneros y conductas literarias fronterizas con aquél, y que aun respetando la epidermis de éste, anunciaban una nueva concepción e intencionalidad estéticas del texto literario más de acuerdo con ciertas fórmulas ensayísticas, emparentadas en sus raíces, precisamente, con esa confluencia de actitudes, por ahora experimentales, en el caso de la literatura española.

La obra de Blanco White podría, pues, testimoniar, con suficiente nitidez, el momento de transición de unas actitudes a otras, gracias a una autolectura implícita en el texto, en la que ya se estaban evidenciando algunos de los elementos más emblemáticos del ensayismo hispánico, y que tenían en la descripción del paisaje uno de los puntos de mayor intensidad.

Dentro de la extensa producción literaria de este español del primer exilio

(12) Joseph Townsend, *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*, Turner, Madrid, 1988. En este mismo itinerario podrían incluirse: *Viajes del padre Labat en España (1705-1706)*; *Viaje de Francia, de España, de Portugal y de Italia (desde el 22 de abril de 1729 al 6 de febrero de 1830)* de Esteban de Silhuete; *Viaje por España y Portugal (1769-1771)* de Victorio Alfieri; *Nuevo viaje en España en 1772-1773* de Juan Francisco Peyron; *Un paseo por España* del Barón de Bourgoing. Cfr. los tres volúmenes de García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Aguilar, Madrid, 1952; así como Arturo Farinelli, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX*, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1920.

(13) La edición española corrió a cargo de Antonio Garnica, *Cartas de España*, introducción de Vicente Llorens, Alianza Editorial, 1972, 1977 y 1986.

—aún por someter a un análisis y valoración de conjunto (14)— estas *Cartas*, en un primer acercamiento, podrían parecer tener un papel relativamente secundario, dados los condicionantes y las puntuales circunstancias en las que Blanco comienza su elaboración; quien debía, ahora, escribir por encargo expreso de Thomas Campbell, nuevo director de *The New Monthly Magazine*, revista londinense en la que aparecieron las diez primeras cartas.

Sin embargo, el análisis del conjunto nos muestra una complejidad que va más allá de una disección puramente narrativa de las costumbres y los hábitos españoles, lo que, por otro lado, también se encuentra presente en el texto.

Podrían, incluso, considerarse estas *Cartas de España* como un singular acontecimiento literario de síntesis técnica en el que quedarían, con una gran profusión, registrados y evaluados con un saldo muy positivo, todas aquellas consideraciones con las que encabezábamos estas líneas. Si aceptamos, pues, esta hipótesis inicial de trabajo, las *Cartas* de Blanco darían así puntual cuenta de un tipo de libro ficticio de viajes, en el que han quedado asimilados, de modo preceptivo y convencional, los propósitos, los mecanismos y las intenciones primogénitas que había facturado la tradición del libro de viajes dieciochesco.

Con todo ello, también podemos aventurarnos a admitir que la aparente diversidad de formas, que se esconden tras el carácter ciertamente confesional de la fórmula epistolar utilizada por el autor, es la que posibilita una lectura muy plural del texto; en el que el viaje ha dejado de ser ahora el motivo genético de la narración, para convertirse irremisiblemente en el hilo conductor con el que hilvanar los pensamientos, las reflexiones y los materiales más heterogéneos, en los que se viene a confundir, de modo consciente a veces, inconsciente otras, una aparente mirada hacia el exterior y otra más íntima que analizaba y diseccionaba las fibras de lo privado y lo personal.

Pero en plena convergencia con todos estos mecanismos y posibles lecturas

(14) La obra y el pensamiento de Blanco White han sido analizados fundamentalmente por Vicente Llorens (*Liberales y románticos*, Editorial Castalia, Valencia, 1979; *Literatura, historia, política*, Revista de Occidente, Madrid, 1967). También de Vicente Llorens tenemos la edición de una *Antología* de José María Blanco White (Labor, Barcelona, 1971) y el estudio introductorio a la edición española de *Cartas de España*, anteriormente citada. También disponemos de una edición de su *Obra inglesa*, preparada y con un estudio introductorio de Juan Goytisolo (Formentor, Buenos Aires, 1972); de una edición de sus artículos *España*, a cargo de M.^ª Teresa de Ory Arriaga (Alfar/Universidad, Sevilla, 1982) y de las *Cartas de Juan Sintierra. Crítica de las Cortes de Cádiz*, edición de Manuel Moreno Alonso, (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, col. Libro de Bolsillo, 1990); del mismo autor una edición de sus *Diálogos argelinos y otros ensayos*, 1992. Una relación bio-bibliográfica en Mario Méndez Bejarano, *Vida y obras de D. José M.^ª Blanco y Crespo*, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1920; de Vicente Llorens también “En busca de Blanco White”, *Archivo Hispalense*, núm. 198, Sevilla, 1982, págs. 25-40. En un apéndice al presente estudio reproducimos el texto que Adolfo de Castro dedicó a Blanco en su *Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*, Imprenta, librería y litografía de la Revista Médica, Cádiz, 1851, págs. 449-457.

del texto, encontramos también otro elemento peculiar que viene, aún más, a radicalizar ciertos hábitos y tendencias que ya se habían detectado en el libro de viajes como género literario. Y es que *Cartas de España* no es una obra dirigida inicialmente a un público español, sino que, por el contrario, se encuentra muy mediatizada por un lector inglés que había empezado, otra vez, a dirigir su atenta mirada hacia una España puesta de moda tras la restauración de una libertad que, aun habiendo de durar poco, suponía un retorno efímero a los principios liberales de 1812: todo un símbolo para un Romanticismo que empezaba a configurarse en la cultura europea; y del que nuestro autor había sido un testigo ciertamente excepcional.

La adopción por parte de Blanco de una segunda lengua literaria –con la que poder llegar al lector inglés–, que ya conocía desde su infancia, no suponía tan sólo un proceso más o menos fortuito de transcripción lingüística, sino también, y lo más importante, una forma semi-deliberada de radicalizar y extremar una heterodoxia, posiblemente mucho más radical que la se podía derivar de cuestiones religiosas o políticas: la heterodoxia y el exilio de la lengua; y aquella otra que lo alejaba, en las coordenadas del espacio y del tiempo, de unos ambientes y lugares que le resultaban muy próximos y con los que pretendía reencontrarse y reconciliarse a través de la ficción literaria.

Como apunta Vicente Llorens, no fue la intención de Blanco “escribir una guía pintoresca”, pues para ello –y así lo recomienda el propio Blanco White– ya existían amplísimos relatos cuya finalidad era aquella:

“Pocos viajeros pueden igualarse a su compatriota Townsend tanto por la objetividad y gracia de sus descripciones como por la abundancia de informaciones útiles y observaciones profundas con las que ha obsequiado al público lector [...] Ciertamente Townsend no ha dejado de caer en errores e inexactitudes que sólo pueden evitarse con una total familiaridad con el país. A pesar de ello, puede ser recomendado como una buena guía para todo el que quiera conocer los lugares donde habitan las gentes que van a ser los protagonistas de mis cartas” (15).

Su propósito último bien podría estar más íntimamente ligado con un tono confidencial y autobiográfico, que utiliza ahora no sólo en la disgresión epistolar, sino también en la relación más o menos pormenorizada y costumbrista de la vida y los hábitos españoles, con los que Blanco pretendía, de modo muy probable una reconciliación, aunque solamente fuera en el terreno de lo ficticio a través

(15) *Cartas de España*, págs. 40-41.

de la memoria y el recuerdo, en una fluida y aparentemente real correspondencia con la voz de su heterónimo Leucadio Doblado (16).

La descripción costumbrista se convertía así en un poderoso aliado para la confesión autobiográfica sin desertar, por ello, de la posibilidad de otros lectores, con los que ese viaje podía conectar también, muy de acuerdo con los gustos, las sensibilidades y las preferencias de la época.

Por esta disciplinada confluencia de inclinaciones y propósitos –que pueden ir señalándose a lo largo de la lectura del texto– podría pensarse en otras valoraciones, que las estrictamente costumbristas, para definir con una mayor pluralidad determinados pasajes de estas *Cartas*, nacidas con una dubitativa voluntad memorialista y confesional.

Uno de estos pasajes podemos encontrarlos en la carta primera, en su descripción de la ciudad y la vida gaditana, que Blanco conocía tan bien y con la que identificaba buena parte de sus inquietudes intelectuales, políticas e idiosincráticas.

El papel que la ciudad de Cádiz va a desempeñar en la formación de Blanco puede considerarse íntimamente ligado a las heterodoxias y apostasías, posiblemente vocacionales, que entroncaban con el espíritu mismo, los hábitos y las conductas radicalmente heterodoxas con las que su padre identificaba la “babilónica” Cádiz (17).

Este ficticio reencuentro, ciertamente literario, con una de las ciudades que más influirían en su personalidad y su pensamiento, y que en su día fue testigo de excepción de su exilio, nos propone, desde un primer momento, las líneas narrativas por las que va a discurrir todo el relato, en el que, por las propias inclinaciones del autor, puede detectarse desde un insistente tono crítico e irónico dirigido hacia determinados hábitos y costumbres, hasta una solvencia descriptiva que recae siempre sobre un paisaje urbano y humano, como es el caso gaditano.

En este último sentido se manifestaba Menéndez Pelayo, quien venía a considerar esta capacidad descriptiva y documental como el único valor de la obra, con el que se compensarían el “fárrago teológico” y “furor antiespañol” que aquel “alegre y volteriano clérigo inmoral y enemigo fervoroso del cristianismo” había proyectado –según el perspicaz crítico– en el texto. Sus palabras son las siguientes:

“... si las *Cartas* de Doblado se toman en el concepto de pintura de costum-

(16) A este respecto conviene señalar la utilización que años antes había realizado de otro pseudónimo, Juan Sinticerra, en el que se marca con cierta evidencia su situación de exiliado.

(17) Cfr. Antonio Garnica, “Blanco White en Cádiz”, en *Archivo Hispalense*, núm. 176, Sevilla, 1974, págs. 1-40.

bres españolas, y sobre todo andaluzas, del siglo XVIII, no hay elogio digno de ellas. Para el historiador, tal documento es de oro; con Goya y don Ramón de la Cruz completa Blanco el archivo único en el que puede buscarse la historia moral de aquella infeliz centuria” (18).

Al margen de las curiosas valoraciones morales del texto anterior, estas apreciaciones pueden sernos útiles para una comprensión de uno de los niveles de lectura implícitos en aquellas *Cartas*, dirigidas ambiguamente hacia otra mirada, la extranjera; una lectura que, por otro lado, venía a fijar una determinada visión y valoración de la ciudad gaditana, en la que se había optado por una observación provista, como señalábamos con anterioridad, de cierto rigor sarcástico que no eludía episodios o pasajes que podrían resultar más o menos ásperos; lo que contrastaba, aún más, con la otra visión costumbrista, idílica y autobiográfica, que se desprendía del tono narrativo y descriptivo de ciertos pasajes del episodio gaditano. Todo ello, venía así a confrontar, mediante el contraste y la simbiosis, una pluralidad de voces y ópticas, hábilmente distribuidas a lo largo del relato, y que se identificaban con esa otra pluralidad de expectativas implícitas en el texto.

Efectivamente, esta dualidad de mecanismos y fórmulas de interpretar y testimoniar la realidad puede advertirse en su relación gaditana, en la que se tiende a polarizar y extremar, bien por razones técnicas o conceptuales, actitudes que reflejan, de un lado, un entorno más próximo a su propia utopía personal, y de otro, una valoración crítica de éste en la que se va a narrar, mediante una configuración, más o menos intuitiva de escenas, tipos y cuadros, la disección que su aguda memoria ha realizado, de acuerdo con aquellas múltiples disonancias entre el mundo real y su propia utopía personal.

La heterodoxa Cádiz suponía, pues, un espacio privilegiado para la mentalidad del hombre de la Ilustración, un lugar idílico, un nuevo *locus amoenus*; tal y como lo actualiza Blanco White en sus *Cartas*:

“Es de una belleza impresionante la vista que ofrece Cádiz desde el mar cuando en un hermoso día se acerca el viajero a su magnífico puerto. La luz deslumbradora de su cielo meridional, reflejada en los altos edificios de piedra blanca que se miran en la bahía, atrae la mirada del navegante desde los mismos límites del horizonte. El mar llega hasta las murallas de la ciudad salvo en el lugar que se encuentra dividido por la estrecha lengua que une a Cádiz con el cercano continente. Cuando se empiezan a vislumbrar desde lejos los altos miradores y los blancos pináculos de cerámica vidriada, parecida a la china, que adornan los pretiles de sus azoteas, estas

(18) Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Tomo II, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, MCMLXVII, pág. 804.

aéreas estructuras, fundiéndose a veces con el lejano brillo de las olas, producen el efecto de una ilusión mágica, una especie de *Fata Morgana*...” (19).

Sin embargo, en plena simbiosis, con esta primera impresión de la ciudad, cargada de cierto tono nostálgico, surge otra imagen no menos vigorosa del entorno urbano, en la que aparece esa relación costumbrista, no exenta del distanciamiento propio de su formación ilustrada, en la que se detallan algunas de las peculiaridades de la vida gaditana referidas al trato y la hospitalidad de los sectores más acomodados, como es el caso de las tertulias. De ellas comenta Blanco:

“Hay algunas *tertulias*, a las que se puede asistir con una simple presentación a la señora de la casa, que son muy alegres y animadas. En ellas no reinan ni el formalismo ni la etiqueta: se puede entrar cuando se quiere y salir cuando viene bien” (20).

No obstante, la mirada del autor, dentro de esa alternancia de voces con las que se manifiesta en el relato, va a fijar su atención de modo insistente y preferente en ambientes, personajes, actitudes y situaciones que evidencian, aún en estado embrionario, esa factura de corte costumbrista y popular que, según el pertinaz Menéndez Pelayo, lo salvara del olvido pretérito, a pesar de sus “heterodoxas apostasías”.

Desde esta nueva perspectiva, ficción y realidad parecen consensuar una imagen de los espacios gaditanos muy mediatizada por la presencia y el contraste de un mundo popular, que permanecía inédito a la mirada y a la interpretación literaria, de acuerdo con las claves de un costumbrismo que, más tarde, se vería desbordado por la imaginación romántica, pero que inexorablemente remitía a una realidad que, más o menos, había sido codificada en plena Ilustración.

En cualquier caso, el testimonio que nos ofrece Blanco White de la ciudad de Cádiz evidencia un gusto, y una predilección, por motivos, ambientes y personajes de extracción selectivamente popular. Este es el caso de su visión del puerto, el mercado o la bahía gaditana, escenarios en los que, a partir de las claves que le ofrece la ficción costumbrista, parece condensarse la vida de la ciudad, sintetizada, ahora, en una imagen en la que tan sólo se habían proyectado, con mayor o menor nitidez, aquellas ilustradas y enciclopedistas *moeurs* establecidas desde el rigor de la Razón.

Esta “mimesis costumbrista”, que tiene por objeto cierta realidad gaditana, venía a responder, así, a una preocupación más generalizada en el panorama de las letras europeas, de la mano de autores que como Diderot, Steele o Addison

(19) *Cartas de España*, pág. 41.

(20) *Ibid.* pág. 46.

pretendían, a través de la ficción, mostrarnos un catálogo, más o menos pormenorizado, del hombre como ser social, de acuerdo con unas coordenadas previamente establecidas en cada momento. Y es que la nueva concepción literaria reclamaba, cada vez más, la realidad como objeto y como materia para el análisis de ficción (21).

Se necesitaba, pues, del compromiso técnico que podía derivarse de otras formas y géneros literarios, que como el ensayo costumbrista, la comedia burguesa o la novela sentimental, parecían testimoniar, fundamentalmente en las últimas décadas del siglo XVIII y principios del XIX, con suficiente solvencia este cambio de sensibilidades estéticas, y esta nueva forma de analizar y construir el reflejo, que del mundo real, constataba la nueva literatura.

Una nueva literatura que, de modo experimental aún, desplegaba una serie de estrategias y mecanismos, de los que una buena muestra podría considerarse estas *Cartas de España*. Un texto, en el que, premeditadamente o no, su autor había depositado y construido una ilusión de realidad, consensuada desde las múltiples voces que se alternan y superponen en el recuerdo, la memoria y la siempre ficción implícita, real o no, del relato.

(21) Cfr. José Escobar, "La mimesis costumbrista", *Romance Quarterly*, 1988, págs. 261-270.

APENDICE

Texto facsímil tomado de Adolfo de Castro, *Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*, Imprenta, librería y litografía de la Revista Médica, Cádiz, 1851, págs. 449-457.

APENDICE QUINTO.

Breve noticia de algunos protestantes españoles contemporáneos.

DON JOSÉ MARÍA BLANCO (WHITE) nació en Sevilla el día 11 de Julio de 1775 en la calle de la Jamerdana, barrio de Santa Cruz, y recibió el agua del bautismo en la iglesia parroquial del mismo nombre.

Sus padres fueron don Guillermo White, de origen irlandés, y doña María Gertrudis Crespo y Nive, natural de Sevilla, los cuales despues de doctrinar á su hijo en el estudio de las primeras letras, lo dedicaron al comercio. Pero Blanco no mostraba aficion á los negocios mercantiles, sino deseos de abandonarlos, y seguir una carrera literaria.

Sus padres fueron vencidos por los ruegos de Blanco y este entró en el colegio de Santo Tomás á estudiar la lengua latina y la retórica.

Doctísimo en una y otra con admiracion de maestros y condiscípulos, pasó á la universidad de Sevilla, donde aprendió despues del conjunto de necesidades que entonces se llamaba filosofia, las ciencias teológicas. En 1792 recibió el grado de maestro en artes.

En sus estudios universitarios tuvo Blanco ocasion de tratar familiarmente á don Manuel María de Arjona, á don Alberto Lista, á don Félix José Reynoso y á otros muchos poetas de aquel tiempo, con quienes conservó siempre una amistad pura y desinteresada.

Concluida su carrera literaria, entró en el estado eclesiástico, recibiendo en 1800 el orden presbiteral. En esta sazón entró de colegial mayor en el colegio de Santa María de Jesus, llamado vulgarmente de *Maese Rodrigo*, de donde pocos meses despues fué elegido rector con grandes muestras de aprecio.

En este establecimiento fundó con sus amigos dos academias: una para perfeccionarse en la música, á la que tuvo siempre extraordinaria aficion, y otra para estudiar las humanidades.

Para esta academia escribió Blanco sus mas admirables obras, tales como un *Tratado sobre la belleza*, una poesía acerca de *los placeres de la imaginacion*, y una oda dedicada al *Mesias*.

No abandonaba, en medio de estas gratas ocupaciones su carrera eclesiástica. En la universidad de Osuna recibió el título de licenciado en teología con admiracion y aplauso de todas las personas que asistieron á sus actos. No tomó el grado en la universidad de Sevilla, por la competencia que existia entre sus individuos y los del colegio mayor de *Maese Rodrigo*.

Habilitado ya con el título recibido para hacer oposiciones á plazas eclesiásticas vacantes, puso la vista en la canongía lectoral de la iglesia de Cádiz; pero no salió tan airoso en su empresa como anhelaba. Aunque sus actos fueron aprobados, no mereció la canongía. No decayó el ánimo de Blanco con este revés; y así cuando se sacó á pública oposicion la capellanía magistral de la capilla Real de San Fernando en Sevilla, hizo sus actos con tanto ingenio y erudicion, que obtuvo unánimemente el objeto de sus deseos.

Mientras sirvió la capellanía magistral hizo en el púl-

pito ostentacion de su ciencia ante el pueblo de Sevilla en muchas ocasiones, y especialmente en el sermón que predicó á la Brigada de Carabineros Reales con motivo de la fiesta que estos dedicaron á su patrono San Fernando.

En Sevilla fué impreso este sermón, del cual no se encuentran ejemplares. Consta que esta obra de Blanco mereció grandes alabanzas en su tiempo, y el título de modelo de elocuencia y sabiduría en la opinion de cuantos la oyeron en los labios de su autor ó de los que contemplaron sus bellezas en la lectura.

Aun hoy viven personas que asistieron á este sermón de Blanco, y todas convienen en que fué admirado y aplaudido por doctos y por indoctos.

A las nuevas del gran ingenio y no menor ciencia de Blanco, el Príncipe de la Paz (ministro del rey Carlos IV) deseoso de conocer á un hombre de tal valía, y de premiar sus constantes estudios, lo llamó á la corte para encargarle la direccion del colegio Peczaloziano recientemente fundado. Cuando Blanco se dedicaba con mas vigor á poner en órden este colegio, ocurrieron los sucesos del 2 de Mayo de 1808. Huyendo de los franceses se retiró á su patria, donde se dió á escribir en un periódico llamado *El Semanario Patriótico*.

Despues pasó á Cádiz; y llamado por un deber poderosísimo (que no me es permitido descubrir á los que lean la presente noticia) tomó el camino de Inglaterra.

Londres fué la ciudad escogida para su residencia, y en ella publicó otro periódico intitulado *El Español en Inglaterra*, obra prohibida en Cádiz por las Córtes de 1812.

Despues escribió otro para las Américas españolas con el título de *Las Variedades*.

En Londres abandonó Blanco la religion católica por la reformada, y desde entonces escribió en lengua inglesa muchas obras acerca de los lugares de la Biblia, en cuya interpretacion disienten la Iglesia de Roma y la Anglicana.

Los títulos de algunas de estas obras son :

Preparatory observations on the study of religion by a Clergeman.—1817: London.

Second travels of an irish gentleman in search of religion.
—Dublin 1855.

The laco of anti religious libely reconsidered.—Dublin
1834.

Observations on heresy and orthodoxy.—1859.

Además de estas obras, publicadas en lengua inglesa, escribió Blanco una en castellano *sobre el comercio de negros*, impresa en Londres por la Sociedad Africana.

La célebre uiversidad de Oxford, á la fama de la sabiduría de Blanco, no dudó en hacerlo uno de sus miembros y colocarlo *in magistrorum album per diploma*, alto honor no concedido hasta entonces á persona alguna natural de otros reinos.

El poeta y erudito español don Alberto Lista, amigo de Blanco desde la juventud y compañero en la Academia Sevillana de Buenas Letras, deseoso de verlo y estrecharlo en sus brazos, partió desde Madrid á Oxford en Octubre de 1851.

En este tiempo el arzobispo protestante de Dublin llamó á Blanco para que ocupase cerca de su persona un lugar preferente. Pero el erudito sevillano no estuvo mucho en la capital de Irlanda, pues se desavino con aquel prelado.

En 1855 pasó á Liverpool en donde determinó fijar su residencia. En este puerto se dedicó de nuevo á los estudios teológicos; mas su salud quebrantada con la mucha edad y constantes trabajos, lo redujo al extremo de quedar baldado enteramente.

Su cerebro no se alteró en manera alguna, de forma que Blanco hallaba consolacion de sus tristezas y enfermedad en la lectura.

Entonces los recuerdos de su patria se avivaron en su entendimiento, y le pusieron la pluma en la mano para escribir en su idioma, así prosa como versos.

Puedo ofrecer á la curiosidad pública tres composiciones inéditas, escritas por Blanco poco tiempo antes de su muerte. Son los acentos de un sabio, proferidos en la edad de 65 años y en vísperas de bajar á la tumba.

A UNA SEÑORA
que le habia pedido unos versos.

SONETO.

Cual tañedor de armónico instrumento
Que, deseando complacer, lo mira ;
Hierne al azar sus cuerdas y suspira,
Incierto, temeroso y descontento ;

Si escucha un conocido tierno acento
Anhelante despierta, en torno gira
Los arrasados ojos, y respira
Poseido de un nuevo y alto aliento :

Tal si viviese en mi la pura llama
Y el don de la divina poesia,
Pudiera yo cantar á tu mandado ;

Mas el poeta humilde que te ama
Teme tocar, ¡oh Mariana mia!
Un laud que la edad ha destemplado.

Liverpool Enero 27 de 1840.

LA VOLUNTARIEDAD Y EL DESEO RESIGNADO.

¡Qué rápido torrente,
Qué proceloso mar de agitaciones,
Pasa de gente en gente
Dentro de los humanos corazones!
Quién que verlo pudiera
Furioso, desfrenado, ilimitable
En el mundo creyera
Que hubiese nada fijo, nada estable.
Mas se enfurece en vano
Contra la roca inmóvil del destino
Que con certera mano
Supo contraponerle el Ser divino.
Sus! reyes de la tierra,
El oro poderoso y el acero
Acumulad, que encierra
En su oculto tesoro el orbe entero.
Llamad de sus hogares,
Cuántos cultivan el fecundo suelo
Y mueran á millares,
O suplicando ó maldiciendo al cielo.
Truene el estrepitoso
Cañón por tierra y mar; alze el trofeo
Su ceño sanguinoso
Desde el indio Himalaya al Pirineo.
Silvando cual serpientes
Engendradas del mar vuelen las naves
Que de hálitos ardientes
Animadas, superan á las aves (1).

(1) Los barcos de vapor.

No las arredre el viento,
Ni del mar las corrientes escondidas
Y á este nuevo elemento
Cuantas fuerzas se opongan sean rendidas.
Parezca que entredicho
Ha puesto á la razon la fuerza ciega
Y que contra el capricho
Toda la raza humana en vano briega.
Bien pronto la tormenta
Que suscitó el querer de un hombre vano,
Creciendo lo amedrenta,
Y paraliza su atrevida mano.
No así el que sometido
A la suprema voluntad, procura
El bien apetecido
Sin enojado ardor y sin presura.
¡Deseo silencioso
Fuera del corazon nunca espresado!
Tú eres mas poderoso
Que el que aparece de violencia armado.
Cual incienso suave
Tú subes invisible al sacro Trono
Sin que tus alas grave
La necia terquedad ni el ciego encono.
Del silencioso ruego
Por el querer divino limitado
No perturba el sosiego
Ni temor del azar, ni horror del hado.

Liverpool Enero 28 de 1840.



Poder del recuerdo de mi amigo Lista,

escrito en medio de un gran dolor y abatimiento,

la mañana del 2 de Febrero de 1840 en Liverpool.

SONETO.

¿Qué resta al infeliz que acongojado
En alma y cuerpo, ni una sola hora
Espera de descanso ó de mejora,
Cual malhechor á un poste aherrojado?

Por el dolor y la endebles atado
Me ofrece en vano su arrebol la Aurora,
El sol en vano el ancho mundo dora:
Tal yazgo inmoble, en vida sepultado.

¡Infeliz! qué hago aquí? ¿Por qué no sigo
Del sepulcro una voz que dice: «Abierta
Tienes la cárcel en que gimes: vente.»

Por qué pregunto? Porque un tierno amigo
En imágen vivisima, á la puerta
Se alza, y llorando dice. No: detente.

La autenticidad de estas composiciones es indudable. Están copiadas literalmente de los borradores originales que el mismo autor remitió á su amigo don Alberto Lista, y que este señor entregó á la familia de Blanco, como la única que tenia derecho á poseerlos. Aun hoy existen en poder de ella estas y otras preciosas memorias de aquel sabio sevillano.

Tales copias me han sido facilitadas, á ruegos de mi amigo el erudito don José María de Alava, por don José María Blanco y Olloqui, persona muy apreciable, y sobrino del célebre Blanco.

No vivió mucho tiempo este ingenioso español, pues acrecentándose la dolencia, se retiró á una hacienda de campo (Greenbach) donde murió en la mañana del día 20 de Mayo de 1841. Fué enterrado en Liverpool en la capilla Renshaw-Street.

En 1845 por John Ehapman se publicó en Londres *The life of the Reverend Joseph Blanco Withe writen by himself with portions of his correspondence.*
